



El hombre es un sér complejo, y tiene mucho que dar; por consiguiente, yo no puedo abrazar de un golpe esta historia de la donacion de sí. Este es un embarazo para el orador, pero un embarazo de que tiene derecho y deber de felicitarse, porque honra la grandeza de sus semejantes.

El hombre puede darse en tanto que es inteligencia, en tanto que es sentimiento, en tanto que es vida exterior, y por consiguiente la caridad abraza el don de sí bajo este triple punto de vista. En tanto que el hombre es inteligencia, es una doctrina; y el don de sí bajo este respecto, no es otra cosa que el don de la doctrina que hace la vida de nuestro espíritu. Pues bien, yo digo que la caridad de la doctrina, que el don de sí mismo, en cuanto á doctrina, es una virtud reservada á la doctrina católica. Digo que la doctrina católica es la primera que haya amado la humanidad, la única aun hoy día que ama la humanidad, que busca á la humanidad, que se da á la humanidad, que se entrega á la humanidad. Digo que fuera de ella, á pesar del orgullo que impulsa á los inventores de doctrinas á difundir y á hacer adorar sus pensamientos, son condenados á una expansion pobre, estéril y sin adhesion en el seno de la humanidad. La doctrina católica es la primera y la única que se halla dotada de fuerza de donacion; ella inspira la primera y la única al hombre el don de sí, en cuanto á la inteligencia y á la verdad. Hé aquí lo que voy á exponeros, si Dios quiere.

Que el hombre dé sus bienes, la tierra que tiene bajo sus plantas, es mucho; y no obstante este don es de una cosa que le es extraña. Que dé su corazon, es mas; pero este corazon, por precioso que sea, es el don de una cosa mudable y mortal, y vendrá tiempo en que no podrá hacer ya el movimiento que es necesario para darse. Pues bien, hay en el hombre algo

que, estando en él mismo, es mas que él, que no pasa, ni cambia, ni muere; ¿qué digo? que es mas que inmortal, que es eterno. Porque, Leibnitz lo ha dicho, el hombre es un compuesto de tiempo y de eternidad, y la eternidad entra en su composicion por la verdad. La verdad, hija de la eternidad y eterna ella misma, ha caido en el tiempo cayendo en la inteligencia del hombre; y expuesta por esta cohabitacion á sufrir con nuestra naturaleza, nos comunica tambien los derechos de la suya. Mientras todo se altera en nosotros, aun los sentimientos del corazon y las facultades del alma, la verdad conserva su inimitable vida, y al darla á los otros, les damos algo que nos sobrevive, que sobrevive á toda muerte, que florece en los sepulcros, que se adorna con los siglos como con gracias que sobrevienen á la juventud de su eternidad.

Por esto, Señores, el don de esta parte de nosotros mismos es el don de sí por excelencia, y la caridad de la doctrina es la primera caridad. Caridad tanto mas necesaria, cuanto que el hombre no ama la verdad, que desconoce su bondad y le opone constantemente la inercia de la ignorancia y la actividad del error. Semejante á un enfermo que rehusa ó desnaturaliza el régimen de vida, la humanidad, este grande enfermo, rehace con mano perseverante el brevaie eterno de la verdad que Dios le envía del cielo. Y esto consiste en que es preciso á la doctrina, no solamente la voluntad de darse, sino el amor, el valor, la paciencia, el heroismo del don llevado hasta el martirio.

Y si existe verdaderamente una doctrina divina, si ha hablado Dios á los hombres, ¿no conoceis que la caridad de esta doctrina, procedente de Dios, debe ser incomparable? Porque si Dios ha dado su Verbo al mundo, como es claro que solo lo ha dado por

amor, ha debido poner en el fondo de este Verbo destinado al género humano, un arte, un afecto, una fuerza de donacion que no supiese imitar ninguna otra doctrina, y que hiciese que á su presencia fuera toda donacion doctrinal lánguida, inerte, muerta; debió querer que el verbo humano no fuese mas que un torrente agotado, mientras que el Verbo divino, palpitando de amor y de vida, corria de orilla en orilla hácia la humanidad, como las olas de todas las fuentes, de todos los rios, divididas, pero unidas, corren sin detenerse á la superficie y á las entrañas de la tierra para vivificarla.

Quiero esforzarme en demostraros que es así: que toda doctrina humana, en el punto de vista de la expansion, no es mas que un cadáver; y que al contrario la doctrina católica, bajo este concepto, es una doctrina viva, que es perpetuamente para la humanidad lo que para su esposo una jóven virgen que llega al altar, y pronuncia en él sus primeros y placenteros juramentos.

Comencemos la comparacion por la antigüedad.

La China, la Prusia, el Egipto, la Grecia y Roma, hé aquí, si no me engaño, toda la antigüedad. Pues bien, en esta antigüedad múltiple, vasta, larga, sembrada de acontecimientos, en que tantos pueblos han representado un papel conocido de todos, ¿habéis sentido jamás la palpitacion de la doctrina? ¿habéis encontrado el apostolado, y un apostolado que tuviese por objeto el género humano?

¿Qué hace la China por la verdad? ¿Qué naves ha lanzado hácia el mundo para llevar allí una palabra en nombre del hombre y en nombre de Dios? ¿Dónde están sus mandarines? ¿Quién los ha encontrado fuera de su país? ¿Quién los ha oído? ¿En qué parte se encuentra el testimonio de su sangre? Preciso ha sido para conocerlos enviarles, de los confines de la tierra,

hombres á quienes ha rechazado su orgullo, rehusando sus oidos al género humano, despues de haberle rehusado sus labios, igualmente incapaces de instruir y de ser instruidos.

¿Qué ha hecho la India por la verdad? Plegada y replegada en las envolturas de sus castas, ha hecho como un niño que grita con bastante fuerza para que le oiga su nodriza. Yo oigo su voz entre el Imaús y el mar, y aun de la otra parte, pero siempre en un círculo reducido; sus bramas, sus filósofos, sus cismas y sus herejias, célebres porque los estudiamos nosotros, no le han creado mas que un movimiento local, cuya gloria y efectos han sido inferiores á su mismo ruido.

La Persia, con su Zoroástres, no ha hecho mas ni menos. En cuanto al Egipto, antiguo santuario, tierra célebre entre todas, cuando penetro en él en busca de la ciencia contemporánea, ¿qué es lo que encuentro? momias en subterráneos, pirámides que ocultan un polvo sin nombre, esfinges al lado de los templos, geroglíficos misteriosos; por todas partes el secreto, tanto en el fondo de los monumentos mas gigantescos como en el de los sepulcros. Este pueblo tenia temor de hablar, y cuando muere un sabio despues de haber descifrado tres líneas de sus escritos, muere famoso.

Pero hé aquí á la Grecia: al menos esta hablará, el mundo oirá su voz. ¿No es patria de Homero, de Hesiodo, de Orfeo, de Eurípides y de tantos otros? ¿No le ha dado la musa, como ha dicho un poeta, genio y elocuencia? Es verdad, su lenguaje y su pluma han sido célebres. Aun sacamos de ella mármoles elegantes; vamos á medir los frontispicios de sus templos; traemos á nuestros museos las piedras que ha tocado con sus dedos inspirados; nos persigue su memoria; y no obstante, con dones tan raros

y con tan inmortal resultado, ¿qué ha hecho por la verdad? ¿dónde están las huellas de su apostolado? ¿dónde sus misioneros y sus mártires? ¡Ella nombra á Sócrates; esta es su obra maestra, Sócrates, que asegura que hay un Dios á sus discipulos mas queridos, y que muere legándoles por último suspiro un sacrificio á los falsos dioses!

Hé aqui toda la historia de la expansion de las doctrinas en la antigüedad, inclusa en ella Roma, que no tuvo de universal mas que su ambicion. Esta historia es corta, y no os admireis: el error y la verdad no necesitan mas que de una mirada para ser reconocidos; Dios ha dado su signo á uno y otra, y Dios, mejor que Tácito, lo compendia todo.

Habeis visto la muerte; ¿quereis ver la vida? Habeis visto el egoismo; ¿quereis ver la caridad? Jesucristo va á abandonar á sus discipulos y al mundo; va á decirles su última palabra, su testamento supremo. Oigámosle, tambien es breve: *Id y enseñad á todas las naciones*. Id, no esperéis á la humanidad, pero marchad delante de ella; enseñad, no como filósofo que discute y que demuestra, sino como la autoridad que se fija y se afirma: hablad, no á un pueblo, no á una region, no á un siglo, sino á los cuatro vientos del cielo y del porvenir, sino hasta á las extremidades mas remotas del tiempo y del espacio; y á medida que la osadía ó la felicidad del hombre descubran tierras nuevas, marchad tan ligeros como su valor y su fortuna, y que se halle por todas partes do quiera la primera y la última la doctrina de que sois heraldos. ¡Qué testamento, Señores! Solo son tres palabras, pero ningun hombre las habia dicho. Buscadlas por donde querais, jamás encontraréis estas tres palabras: *Id y enseñad á todas las naciones*. Solo un hombre las ha dicho, no habia mas que un hombre que pudiera decirlas, un hombre

seguro de la eficacia de su palabra. Porque vosotros comprendeis bien que cuando se muere queriendo dejar alguna cosa despues de si, se meditan las órdenes finales, y no se dan aquellas que el suceso puede convencer de falacia ó de vanidad. Una palabra tan absoluta como esta: *Id y enseñad á todas las naciones*, supone una certeza sin limites, la vista de un profeta que, próximo á ocultarse, mira sobre su tumba á la humanidad por siempre atenta y obediente. Pues bien, esta palabra ha sido pronunciada por Jesucristo: él la ha dicho el primero, él la ha dicho el último; él solo la ha dicho. No obstante, convengo en ello, no es aun mas que una palabra; necesario es ver si ha correspondido á ella su cumplimiento.

Poco tiempo despues que fué pronunciada, tuvo lugar en el universo un fenómeno singular. El universo, esa cosa que huye y que permanece, que llora y que rie, que hace la paz y la guerra, que derriba y que consagra á los reyes, que se agita sin saber de dónde viene ni adónde va; este caos, en fin, escucha con estupor un ruido de que no tenia idea, y que no se discierne bien. Asi como en la noche, cuando todo está tranquilo y se oye al rededor un sér que marcha, el universo oye por la primera vez una palabra que vive, que se mueve, que está en Jerusalem, en Antioquia, en Corinto, en Éfeso, en Atenas, en Alejandria, en Roma, en las Galias, del Danubio al Eufrates y mas allá; una palabra que ha ido mas lejos que Craso y sus batallones, mas lejos que César; que se dirige á los Scitas como á los Griegos; que no conoce extranjeros ni enemigos; una palabra que no se vende, que no se compra, que no tiene temor ni orgullo; una palabra sencilla que dice: Yo soy la verdad, y no hay otra mas que yo. S. Pablo ha aparecido ya en el Areopago, y admirado con su novedad á esos investigadores seculares de novedades; ellos

han creado una palabra para pintar su sorpresa, palabra feliz, y que caracteriza el fenómeno cuyo poder principia á sospechar el universo : *¿Qué nos quiere, dicen, este sembrador de palabras?* Estos filósofos habian visto disertar, dividir, analizar, demostrar, hacer su fortuna y su gloria con la retórica y la filosofía; no habian visto aun sembrar la verdad en el género humano como un grano eficaz que germina á su tiempo, y no necesita sino de su propia naturaleza para florecer y fructificar.

El oráculo estaba cumplido. El imperio romano no podia ya disimular la aparicion de una nueva realidad que no procedia de él, que se habia instalado en él y con él, y que ya se extendia mas lejos que él. Se consultó sobre esto. Los políticos, las gentes que ven de alto y de lejos, que saben los destinos de los pueblos y que les han marcado sus siglos y su cuarto de hora, todos se reunieron en el Palatino, ante el César, para tratar de ver qué era aquello que sin permiso del prefecto del Pretorio se atrevia á correr de la India á la Iberia, hasta á los lugares adonde no llegaban las órdenes del César. Seamos justos, ellos conocieron muy bien su fuerza y su debilidad; conocieron que la humanidad no poseia ninguna palabra capaz de luchar con la palabra que se revelaba, y no tuvieron mas que la eleccion de aceptarla como un hecho que habia entrado en los destinos del género humano, ó ensayar contra ella, desesperando de su causa, el poder del verdugo. Y eligieron este último partido; porque para adoptar el otro era necesario mas genio, necesitaban la humildad. Los Césares no se jactaban de ella, y esperaban de la fuerza lo que no esperaban de la sabia doctrina, reunida hacia cuarenta años en los grandes vasos de la humanidad. No se trataba ya para la doctrina católica de darse por la simple efusion de la enseñanza: el imperio se levantó para ahogar el

Verbo en la garganta del apostolado. Preciso era callar ó morir; preciso era morir creyendo que la sangre habla mejor que la palabra en favor de la verdad. Presentábase tambien una cuestion previa: ¿era preciso amar á la humanidad ingrata y homicida hasta morir por ella? ¿No podia retirarse de ella, y apacibles poseedores de la verdad para sí dejar al mundo donde se hallaba?

Pero la verdad es caridad, y la caridad no es el don de sí á sus amigos, á sus parientes y á sus conciudadanos; es el don de sí á los extraños, á los enemigos, á todos sin distincion. El Evangelio habia previsto el caso proveyéndole, y habia dicho: *Bienaventurados aquellos que sufren persecucion por la justicia.* Y habia añadido: *Amad á vuestros enemigos; haced bien á los que os aborrecen; rogad por los que os persiguen y os calumnian, y así seréis hijos de vuestro Padre, que está en el cielo, el cual hace lucir el sol sobre los buenos y los malos (1).* Y en cuanto á la eficacia de la sangre derramada en testimonio de la verdad, Cristo se la habia dado. ¿No convirtió al Centurion que guardaba su suplicio en el momento supremo y con su postrer suspiro? y despues de su muerte, ¿no hizo la lanzada que hirió su costado un creyente y un santo del soldado parricida? Avisos eran estos filosóficos, eran la fraternidad del apostolado y del martirio elocuentemente revelada. Fieles fueron á ellos, cuando el imperio pidió á los apóstoles su sangre, para ahogar su palabra; sabian estos que la sangre es la palabra en su mayor potestad, y morian para hablar mejor muertos que vivos. Fué casi una ley, que ningun país subia á Dios sino regado con la sangre de los mártires.

Ahora, Señores, mi tarea es sobrado fácil: no perdamos tiempo en fáciles enumeraciones. El imperio

(1) S. Mateo, cap. 5, vers. 44 y 45.

romano se hizo cristiano por el apostolado : los Bárbaros lo fueron tambien por la misma via. Y cuando se abrió un nuevo mundo á Vasco de Gama y á Cristóbal Colon , se precipitaron en pos de ellos millares de misioneros. La India , la China , el Japon , islas y reinos sin número , fueron evangelizados. Desde los lagos del Canadá á las riberas del Paraguay , fué visitada la América por la palabra de Cristo ; ella habitó en las florestas , en los rios , en las concavidades de las rocas ; sedujo al Caribe y al Iroqués ; amó y fué amada con un amor único por mil razas perdidas en aquellos vastos continentes. Y aun hoy dia , á pesar de las desgracias que la han diezrado en Europa , y que parecian haber agotado la leche de sus pechos , prosigue la obra lejana de su propagacion. La Oceanía , mundo esparcido en el mar , recibe en los arrecifes de sus islotes la doctrina que ha convertido á los grandes paises ; reflorecen las antiguas misiones , comienzan otras nuevas , y corre aun la sangre por la verdad , como en tiempo de Galerio y de Diocleciano. A la vista teneis este espectáculo , Señores ; la caridad de la doctrina católica no es antigüedad de museo , vive entre vosotros , sale de vosotros ; vuestros hermanos de patria y de familia llenan en el momento en que os hablo con sus voces y sus virtudes todos los puntos del globo. Los *Anales de la Propagacion de la Fe* siguen á las *Cartas edificantes y curiosas* , estas á las leyendas de la edad média , y las leyendas á los Actos de los apóstoles. Cada dia son encarcelados los hombres por la misma causa , atormentados , despedazados , mueren de calor , de hambre , de sed , de olvido de todo el mundo , pero inalterables y contentos , porque han sido escogidos para cumplir el testamento de Jesucristo : *Id y enseñad á todas las naciones*.

No necesito insistir mas : es sobrado claro que la doctrina católica ha sido la primera que inclinó al

hombre á la donacion de sí en cuanto á la inteligencia , la primera en quien fué la verdad caridad. Y añado que aun hoy dia posee sola este privilegio , privilegio que ha llegado á ser mas notable en el mundo nuevo que en el mundo antiguo. Porque en otro tiempo se podia pensar que el secreto del apostolado no era revelado ; pero hoy que está manifiesto , su posesion reservada siempre á la doctrina católica , con exclusion de toda otra , es seguramente un fenómeno tan curioso como demostrativo.

Vuelvo á mi division del otro dia. Solo hay tres grandes doctrinas , decia , que hayan intentado disputar el terreno á la doctrina católica : el mahometismo , el protestantismo y el racionalismo. Y ahora añado el cisma griego.

El mahometismo , que vino seiscientos años despues de Jesucristo , vió la doctrina católica en toda la magnificencia de su proselitismo expansivo. Era un hecho subsistente , un hecho de que era testigo el mismo Mahoma en persona. Mahoma , apareciendo como fundador , debia pronunciar el *fiat* de la fundacion ; debia decir tambien : *Id y enseñad á todas las naciones*. Y en efecto , Señores , debemos hacerle justicia ; pronunció este *fiat* en cuanto es dado pronunciarlo al hombre. Este *fiat* de la donacion doctrinal , de la expansion de la verdad , osó pronunciarlo Mahoma , pero con una variacion que revela al punto al hombre en el lugar de Dios. Mahoma dijo bien : *Id!* esto era mucho ; pero oid lo que sigue : *Id y subyugad á todas las naciones*. Llama , no á la palabra sino á la cimitarra. ¿Y porqué ? ¿Porqué no encontró este hombre doce apóstoles ? ¿Porqué , no ya cuando se hallaba moribundo , sino en el prestigio de toda su dominacion , no osó confiar su verbo a verbos que debian seguir al suyo ? ¡Ah! Señores , esto era genio. Mahoma , como los Césares , veia muy bien que

muerto él perecería su elocuencia; veía bien que muerto él se extinguiría el prestigio de su sol de águila, y que cuando se fuese á mirarle á su sepulcro, no se hallarian en las osamentas del cráneo mas que esas orbes inanimadas que no dicen nada, que no prometen nada á nadie. Sabía todo esto. No contaba con su sepulcro. Y esto tambien era tener genio y fuerza. Pero como por otra parte queria sobrevivirse, pesando en sus ardientes manos el porvenir del mundo, comprendió que no debía hacer como los Césares, que habian muerto estérilmente, y en quien la espada no habia sido mas que una negacion. Por eso sacó la suya como una afirmacion. Unió su doctrina al destino de una guerra inmensa, y encargó á sus legiones, marcando en ellas sus rasgos, que grabasen el Alcoran en el corazon de la humanidad. Hizo del hierro lo que hasta entonces no se habia hecho; hizo de él una doctrina viva, un apostolado. Cuando el hombre quiere persuadir, abre sus labios y su alma. Mahoma los abrió una vez por todas: proferido en adelante su verbo, le arrojó al mundo como una orden irrevocable; él no le decia: Vél hacia que lo llevasen los escuadrones, y como el universo habia guardado silencio para oír el paso profundo de la verdad, guardó silencio otra vez al ruido de Mahoma, pero un silencio de esclavo, un silencio de vencido, un silencio que le deshonoraba.

Porque, Señores, recibir una doctrina en la punta de un sable ¿es otra cosa que abdicar su alma? Yo estimo aun el error que se propone, y que crece bastante en ella para ensayar su fuerza en persuadirme; pero desprecio á su vil gladiador, que me presenta con una mano el Alcoran y con otra la muerte, y si tengo la baja de obedecerle, hay un desprecio mas profundo para mí.

Esta fué no obstante, Señores, la obra de Mahoma;

asi propagó su doctrina, asi imitó la gran palabra: *Id y enseñad á todas las naciones.*

Paso al cisma griego. Este no es un conquistador; académico sutil, separado, á fuerza de ingenio, de la unidad doctrinal, viene á establecerse en el mundo sobre la buena opinion que se forma de sí mismo. ¿Qué ha hecho desde entonces en el orden del apostolado? ¿Qué ha hecho esta tierra, en otro tiempo tan fecunda en elocuencia, que habia producido á S. Juan Crisóstomo, á S. Basilio, á S. Gregorio Nacianceno, á S. Gregorio Niseno, y que llevó con anterioridad su gloria hasta nosotros por S. Ireneo, uno de nuestros primeros progenitores en la fe? ¿qué ha hecho desde el siglo XI, época final de su cisma, para justificar su separacion por sus éxitos, y para extender el reino de Dios, del que acababa de arrancar una rama preciosa? ¿Ay! ¿qué ha hecho? Nada. Ya han pasado setecientos años, y esta rama, arrancada de la verdad, se marchita sin vástagos; bastante fuerte para conservar su antigua savia, sobrado débil para comunicarla. Rompió con la unidad, y al instante, por un milagro de la Sabiduria Divina, perdió con el secreto de la caridad la gracia de la expansion. ¿Pluguiera á Dios que aun se hubiera detenido aqui, y que hubiera aceptado el castigo de la esterilidad! Pero, avergonzada al fin de su larga inaccion, se ha dejado apoderar la Iglesia griega en estos últimos años de la ambicion del proselitismo. ¿Y sabeis cómo lo entiende? ó mas bien ¿quién no lo sabe? Despoja á los calólicos que han caído en su dependencia por la suerte de las armas; confisca sus iglesias y sus conventos; destierra á sus sacerdotes; arranca los hijos de los brazos de sus madres, para quitarlos al error, y ahorrarse despues el trabajo de convertirlos; contrahace, sin saberlo los pueblos, su propia liturgia, que permaneciera aun sobrado católica; envía genizaros

á solicitar la apostasia con vasos de vino, ataduras y palos, y conseguido el objeto, matricula con alegría á sus nuevos hijos con prohibicion de salir nunca de su amable padron, bajo la pena de ser tratados como renegados. Tortura en fin la verdad con sus garras, como una ave de presa que por casualidad llega á apoderarse de una águila que tenia las alas rotas; la sujeta, la revuelve, y no teniendo fuerza para hundir en su pecho un pico potente, le arranca una á una las plumas y la hace trizas, mejor que devorarla.

¿No acabo de nombrar, Señores, ahora á la Iglesia de Polonia? Me parece que la he nombrado... y si lo he hecho, ¿creéis que podré pasar por su lado sin honrarla? Hermana ilustre y querida, apoyo de la cristiandad en otro tiempo, y hoy ofrenda en holocausto, ¿podria yo pronunciar tu nombre sin bendecirle, sin rogar á Dios, yo, apóstol de Cristo, que tenga piedad de ti! ¿Ah! yo se lo ruego, yo le exhorto á ello, yo le invoco para ti, y tambien á toda alma en que no se haya agotado la humanidad. Ignoramos el porvenir, y lo que te prepara; pero si al fin sucumbes, la posteridad te hará una cuna en que reinarás siempre, y cuando se quiera animarse á grandes sacrificios en grandes desgracias, se meditarán tus recuerdos y se besarán tus ruinas. Si no te volvemos nosotros la vida del tiempo, te conservaremos la vida de la memoria, te daremos una cita para la eternidad, y si no se nos permiten otros abrazos, la persecucion no romperá jamás al menos este.

Hé aquí la Iglesia griega, Señores. ¿Lo he dicho todo? ¿He contado toda la suerte de esta doctrina hecha cadáver? No, Señores, pero es preciso ser breve en la historia del error, como lo hemos sido en la de la verdad. Una sola palabra mas. *El proselitismo está prohibido* por una ley que rige en la actualidad á toda la Iglesia griega bajo sus diversas dominaciones.

Neron lo soñó quizá en un mal sueño del Palatino; pero haberlo escrito en una ley, decretar solemnemente y en tres imperios, que la doctrina debia ser sin caridad, que no debia buscar al hombre y aun perseguirle, que debia habitar un rincon, y permanecer allí feliz bajo la proteccion y la guarda de un señor; y que si por casualidad abria la ventana para ver si podia volar á alguna parte, como la paloma del arca, fuese esto un crimen de lesa majestad: haber dicho, haber escrito y decretado semejante ley, es seguramente el prodigio de un temor doble, el temor de su propia impotencia y del poder de la verdad. Y observamos tambien que no es solamente en los Estados despóticos donde se ha consagrado esta fabulosa disposicion, sino en Atenas, en una Carta y en una Constitucion que proclama la libertad de conciencia. ¿El proselitismo está pues prohibido en nombre de esta libertad de conciencia!

Me tengo por feliz, Señores, al poder señalaros en otra parte, en el seno mismo del protestantismo, una legislacion de un carácter bien diferente, á la que me seria imposible dejar de rendir un homenaje público. Cuando se tiene mision de hablar contra el error, es una felicidad á la par que un deber hacer justicia al bien que hace. Nuestro siglo ha visto, Señores, una magnífica separacion del error hácia la verdad, tanto mas notable, cuanto que esta habia sido precedida por una larga persecucion. La Inglaterra, despues de trescientos años de una legislacion despiadada contra los católicos, rompió por sí misma las cadenas de nuestra servidumbre, y proclamó, bajo el nombre de Emancipacion, la plena y completa libertad de conciencia en todos sus vastos Estados. Ella recibe nuestros sacerdotes, nuestros obispos, nuestros religiosos, aun los que no tienen derecho de nacionalidad en ella, y esto lo hace sin temor y sin recuer-



dos, con la mayor liberalidad del mundo, y yo creeria hacer traicion á la santidad del apostolado católico si antes de principiar á emitir lo que debo decir del protestantismo, no rindiese, desde lo alto de esta cátedra de Nuestra Señora, el honor eterno que es debido á este nuevo acto en la historia de los hombres.

El protestantismo no está, como el cisma griego desnudo de todo proselitismo; escribe, imprime y derrama sus libros profusamente: envia tambien misioneros, y aunque es cierto que no los envia á la China, al Japon, y á ninguna parte donde hay que derramar sangre; pero en fin, el protestantismo se arriesga á enviar misioneros á los países donde los cónsules pueden protegerlos con la majestad británica. Esta es una accion real, una accion que no constituye un apostolado. El proselitismo de la escritura no arrastra consigo ningun sacrificio difícil y arriesgado. La palabra marcha, la escritura no marcha; la palabra es el don de todo el hombre, la escritura es solo el don de su espíritu. Del sacrificio de la palabra se derivan mil sacrificios, sin contar el de la sangre; pocos son los sacrificios que se originan de la escritura. Al lado de su chimenea, tomadas perfectamente todas las medidas que aseguran la comodidad, bien cerradas las puertas y las ventanas, toma un *gentleman* su pluma, reflexiona á su satisfaccion en el espacio de tiempo que media entre su almuerzo y su comida, y escribe páginas cuya impresion paga, pero con la reserva de ser pagado por el librero, quien paga tambien al conductor ó mensajero, que es definitivamente el único que representa el papel apostólico. La comparacion, Señores, no es sostenible bajo el respecto del sacrificio, no lo es mas bajo otro punto de vista.

El proselitismo de la escritura no exige ninguna virtud de parte del que lo ejerce. El pobre mas infeliz,

sin nombrarse ó nombrándose, puede tomar una pluma poderosa, aunque deshonrada. Por medianamente honestas que sean las costumbres del escritor, bastan á su dignidad. No es lo mismo respecto del hombre que se consagra al ministerio de la palabra, y sobre todo de la palabra religiosa. Para aparecer en una asamblea en nombre de Dios, es necesario llevar la fisonomía y la historia de una vida elevada. Ciceron, aunque pagano, y refiriéndose solo á la elocuencia civil, ¿no definia al orador *un hombre de bien hábil en el arte de hablar?* Este título de hombre de bien no basta al hombre del Evangelio; le es necesaria la santidad, una santidad indicada por el sacrificio permanente de la castidad, por el desinterés, por la fatiga, por el alejamiento de la patria, por un reflejo sensible de la verdad en el acento y en todo el ser. Los salvajes mismos no se engañan á estos signos, y disciernen á la primera mirada, al primer sonido al verdadero apóstol. Llevadles, pues, esos libros, ó bien una palabra casada con una mujer!

¿Sabeis, Señores, qué es lo mas singular de vuestro siglo? Es precisamente que por la primera vez, desde el principio del mundo, acrecido desmesuradamente por la prensa el proselitismo de la escritura, ha adquirido un poder que compite con el proselitismo de la palabra; es que el proselitismo que no exige ni sacrificio, ni virtudes, ni aun un nombre, aspira á destronar al proselitismo que exige nombre, virtudes y sacrificios. No rechazamos esta nueva potestad nacida en la humanidad, antes nos servimos de ella: útil auxiliar, ha venido en socorro de la palabra amenazada por do quiera de opresion, y aunque bate en brecha á la verdad, trabaja no obstante por nosotros, por esta misma palabra con que desea el imperio. Por esto, al señalaros el peligro que hay en la impersonalidad de la escritura, os señalo tambien sus ven-

tajas. Cuando aparece en el mundo una gran potestad, llega á él lanzada por una gran razon, y esta gran razon es siempre alguna necesidad de la verdad. Nada sucede sino por la providencia de Dios, y Dios lo hace todo por sus escogidos: *Omnia propter electos*. Sea pues que se funde ó que se arruine un imperio, que se extinga ó que se encienda un sol, que sople el viento de Oriente ó de Occidente, esperad siempre á Dios, porque Dios llega siempre, aunque el polvo levantado á su tránsito nos oculte por largo tiempo su figura y su secreto.

Solo diré una palabra del racionalismo sobre la cuestion que nos ocupa: jamás he oido hablar de un racionalista que haya sido apaleado en la Cochinchina. Estos espíritus son demasiado refinados y sobrado ingeniosos para arriesgarse á semejante gloria en pro de la verdad. Siempre será, pues, tiempo de ocuparse de ellos cuando vaque la primera silla de la Academia. Estamos demasiado bien educados para ofrecerles otra cosa que una rama de laurel, y la merecen incontestablemente.

He concluido, Señores. Todo lo que he dicho me autoriza á deducir que la caridad de la doctrina, manifestada por el apostolado, pertenece exclusivamente á la doctrina católica. Y si me preguntais por qué, y cuál es la causa secreta de este fenómeno, os responderé que la verdad sola es caridad, y que poseyendo solo nosotros la verdad, poseemos tambien su incommunicable calor. Venimos del seno ancho y universal de Dios; venimos de la region en que están eternamente abrazados la luz y el amor. El rio que descende de las altas montañas cubre naturalmente el llano con sus mil canales. Toda otra doctrina viene de abajo; viene del hombre, de su corazon estrecho, de su ingenio mas estrecho aun, de su orgullo mas estrecho que ambos; viene de su egoismo, y vuelve al egoismo.

Ella no va al mundo, llama el mundo á sí. En cuanto á nosotros, hijos de Dios, nacidos en la eternidad de una palabra de su alma, nos estrecha siempre la caridad, y no nos deja mas que el reposo del sacrificio que ha sido nuestra cuna.

Hallándose S. Pablo en las ruinas de Troya, vió en sueño á un macedonio que estaba en pié y que le rogaba: *Pasa*, decia, *pasa y ven á nosotros* (1). Este macedonio, Señores, es la humanidad entera, suplicando á Dios, demandándole la verdad; y S. Pablo, es todos nosotros que creemos como él, que hemos recibido como él todas las primicias del espíritu de vida y de amor. Hoy, como entonces, tendidos sobre las ruinas de Troya, de esta viva imágen de la desolacion del mundo, se levanta el macedonio ante nosotros, y nos ruega en pié porque tiene priesa: *Pasa*, nos dice, *pasa y vente á nosotros*. Y si el temor del sacrificio nos retiene, si nos espantan las fatigas, los viajes, el hambre, la sed, los suplicios, Dios nos dice como á S. Pablo, en otro sueño, en el sueño de Corinto: *No tengas temor, habla y no calles, porque tengo un gran pueblo conmigo en esa ciudad* (2). ¿Cómo hemos de callar? ¿Cómo cerrará nuestros labios la mano del hombre? Dios nos lanza siempre; un gran pueblo nos espera siempre. Aquí teneis, Señores, el espectáculo y la prueba, y aun esta asamblea, tan vasta y profunda como es, no es todo mi auditorio: mi auditorio es la humanidad. Mi palabra dicha á vosotros resalta sobre ella, como esos guijarros lanzados sobre la superficie de los mares, que van rebotando llevados por las olas á tocar á lo lejos el objeto á que iban dirigidos.

(1) Actos de los Apóstoles, cap. 16, vers. 9.

(2) *Ibid.* cap. 18, vers. 9 y 10.